

Galimberti, Alessandro, *Adriano e l'ideologia del principato*, Roma, "L'Erma" di Bretschneider, 2007. 220 págs. ISBN: 8882654362. 105 €.

Sommario, 7; Introduzione, 9-13; 1. Adriano, Plotina e la successione a Traiano, 15-30; 2. La successione ad Adriano, 31-44; 3. Adriano e il senato, 45-71; 4. La politica estera, 73-93; 5. Adriano e l'esercito, 95-122; 6. La politica religiosa, 123-153; 7. La politica culturale, 155-184; Conclusioni, 185-193; Bibliografia, 195-214; Indice dei nomi di persona e di luogo, 215-220.

La figura de Adriano ha sido objeto de diversos estudios desde comienzos del siglo XX, desde que W. Weber publicó *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrianus* (Leipzig, 1907), hasta G. Migliorati, autor de *Cassio Dione e l'impero romano da Nerva ad Antonino Pio. Alla luce dei nuovi documenti* (Milán, 2003). Entre todas ellas cabe resaltar la mejor biografía de este emperador, *Hadrian. The Restless Emperor* (Londres, 1997) de A. R. Birley. No obstante, todavía no se había realizado un análisis en profundidad de la obra política, administrativa y cultural de dicho emperador. Éste es precisamente el objetivo que se planteó A. Galimberti, completar una laguna existente en la historiografía estudiando en profundidad la política adrianea.

El libro comienza abordando una cuestión controvertida, la sucesión de Trajano. Su interés radica en que las fuentes antiguas fueron generalmente hostiles a Adriano y, por lo tanto, presentaron su designación para la sucesión imperial como fruto de las intrigas de Plotina, esposa de Trajano (Cass. Dio, 69, 1, 1-4; H.A., *Hadr.*, 4, 8-10; y Eutr. 8, 6, 1). El autor coincide en considerar como decisivo el apoyo de la emperatriz, especialmente a partir del año 114. Aunque con anterioridad a esta fecha ya había desempeñado un papel muy importante en la educación filohelena de Adriano, así como en su matrimonio con Vibia Sabina. Sin embargo, su designación como sucesor no un deseo que Plotina le impuso en el lecho de muerte, como algunas fuentes señalan. La decisión fue tomada por Trajano tiempo antes, muestra de ello es que ya en el 117 Adriano aparece en un *aureus* con el título de César, indicio inequívoco de su designación para el trono (pág. 29).

A continuación se produce un llamativo salto cronológico, ya que el autor plantea el análisis de la misma cuestión casi veinte años después. Adriano también carecía de un hijo que le sucediera, así que en el 136 adoptó a Lucio Commodo. Pero su temprana muerte le obligó a buscar otra solución: nombró heredero a Antonino, con la condición de que él adoptara a su vez a L. Commodo (Lucio Vero) y a M. Annio Vero (Marco Aurelio). Al analizar los motivos que impulsaron a Adriano a tomar estas decisiones, A. Galimberti observa cómo el *princeps* ideó un auténtico diseño dinástico de larga duración, en el que resultaba fundamental la línea femenina de la familia.

Asimismo, resulta indispensable conocer cómo fue la relación que el emperador mantuvo con el senado. El tercer capítulo comienza con el atentado que cuatro consulares organizaron contra él en el 118 (H.A., *Hadr.* 7, 1-2; Cass. Dio, 69, 2, 5-6). Este altercado da idea de que las relaciones entre el emperador y la curia romana no fueron fáciles. De hecho, estuvieron marcadas por la difícil sucesión de Trajano, el asesinato de los cuatro consulares, la equiparación de Italia a otras provincias en ciertas cuestiones administrativas, los largos viajes del emperador, su relación con Antinoo y la designación del sucesor. A ello hay que añadir que se produjo un notable avance del *ordo equester*, que vio aumentadas sus funciones, y que el emperador se rodeó de una corte de *amici*. En resumen, se crearía un nuevo modelo de poder caracterizado por unas estrechas relaciones entre el *princeps* y la corte, de forma que el senado quedó relegado frente a un poder imperial más fuerte.

Sin embargo, en el ámbito de la política exterior se ha considerado tradicionalmente que Adriano tuvo una actitud pacifista o renunciataria respecto a las conquistas de Trajano, en buena medida debido a la opinión vertida por las propias fuentes antiguas (Front., *Princ. Hist.*, 2, 8-9). Sin embargo, su política exterior –marcada por la guerra en Judea, Britannia y las incursiones alanas del 135– no debe ser entendida de este modo. La situación en las fronteras era inestable y el malentendido pacifismo adrianeo no fue una política de renuncias, sino de reorganización del territorio. Continuó con la política iniciada por Trajano y, siguiendo un modelo ya planteado por Augusto, buscó mantener los límites naturales del imperio.

Para poder afianzar las fronteras del imperio, llevó a cabo una reforma moral del ejército, impulsando la disciplina militar, pero también poniendo gran atención en la condición jurídica del soldado. Adriano contaba con una amplia preparación y cultura militares, así que llevó a cabo personalmente numerosas inspecciones a lo largo de dos largos viajes (121-125/6 y 128-133/4) e insistió en el frecuente adiestramiento de las tropas. Además se ocupó del cuidado del armamento y equipamiento y prestó mucha atención a los criterios de reclutamiento. Así pues, Adriano se muestra como el protagonista una importante renovación militar.

Por otra parte, esta iniciativa reformadora también se plasmó en su política religiosa, que estuvo marcada por una fuerte impronta helenística. Durante su reinado, se revalorizaron una serie de elementos tradicionales de origen arcaico y augústeo, v. g. se promovió el culto a *Roma Aeterna* y, tal y como ya hiciera el primer emperador, se retomó como modelo la figura de Filipo II. Pero se observa que no actuó movido por un mero interés hacia la cultura griega, sino que contaba un plan político-religioso. Posiblemente en los años 124 y 125, Adriano elaboraría un proyecto panhelénico enfocado a impulsar la primacía del emperador. En este contexto, el culto a Antinoo sería una manifestación más de su política religiosa, también favorable a cier-

tos cultos egipcios. En lo tocante a las religiones monoteístas, la reacción fue muy distinta, ya que los judíos rechazaron frontalmente la acción de Adriano, mientras que los cristianos encontraron en él un interlocutor bien dispuesto.

La apertura hacia la cultura helénica también se impuso en el ámbito cultural, como fruto de la inclinación del emperador hacia el mundo intelectual griego. No obstante, en Roma impulsó los elementos tradicionales, arcaicos y augústeos. Allí los intelectuales latinos mantuvieron posturas muy diversas respecto a su actuación. Sin embargo, fue precisamente en el ámbito de los intelectuales de lengua griega donde se plantearían mayores problemas, según transmiten Dión Cassio y la *Historia Augusta*. Pero lo cierto es que A. Galimberti constata cómo los intelectuales colaboraron en tareas no sólo ideológicas, sino también administrativas, especialmente a nivel local. De esta forma, recibían honores y beneficios, al tiempo que aportaban nuevo esplendor a la cultura griega, pero sin que ello fuera en detrimento del poder imperial.

En conclusión, a lo largo de estas páginas A. Galimberti realiza un completo y ameno análisis de la política de Adriano. Por lo tanto, consigue su propósito que completar el conocimiento de esta figura tan relevante. Para ello ha realizado una amplia labor de crítica a los textos antiguos y en ocasiones también se ha apoyado en fuentes numismáticas y epigráficas. De esta forma, consigue desmentir muchos de los prejuicios que tradicionalmente se han adjudicado a Adriano. Pero, sin duda, el mayor logro de esta obra es poner de manifiesto cómo dicho emperador logró refundar sobre nuevas bases, la primacía política, religiosa y cultural del poder imperial.

Alessandro Galimberti es doctor en historia e historiografía de la Antigüedad clásica y colabora con la cátedra de Historia de Roma de la Università Cattolica del Sacro Cuore de Milán. Con anterioridad a esta obra ha publicado *I Giulii-Claudi in Flavio Giuseppe (Al XVIII-XX)* (Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2001).

María del Perdón Díaz de Cerio Erasun
Universidad de Navarra

Lapeña Paúl, Ana Isabel, *Ramiro II de Aragón, el rey monje (1134-1137)*, Gijón, Ediciones Trea, 2008, 351+XVI pp. ISBN: 9788497043922. 35€.

Índice, p. 9; Introducción, p. 11; Cap. I: Los años iniciales, p. 19; La familia en la que nació, p. 19; El reino que dejó atrás, p. 30; “Ofrezco una prenda muy cordial, mi amado hijo Ramiro”, p. 37; Ramiro ¿el monje?, p. 47; Cap. II: El reino de Aragón antes del ascenso al trono de Ramiro II, p. 53; Cap. III: La fallida carrera eclesiástica de Ramiro, p. 73; Cap. IV: El verano de 1134, p. 89, “Lo más extraordinario ocurrido este año fue la derrota del tirano Ibn Radmir junto a la ciudad de Fraga”, p. 89; “Ramiro, electo en Barbastro y Roda”, p. 101; Lo que aconteció tras la muerte del Batallador, p. 104; Cap. V: “Yo, Ramiro, rey de los aragoneses por la providencia